

EDITORIAL

EL PLAN DE DESARROLLO SOCIAL

“Las sociedades prósperas son las que existen en función del ser humano”. Con este logotipo las Naciones Unidas convocaron a la cumbre mundial sobre el desarrollo social, 6-12 de marzo-1995. En esta reunión internacional el Dr. Armando Calderón Sol presentó los lineamientos de nuestro plan de desarrollo social bajo los epígrafes de la integración social y del desarrollo sostenible. (ECA-1995; pp.293 y 296). Comprometido moralmente con el nuevo pacto mundial, el señor presidente presenta a la nación el plan de desarrollo social, el día 28 de marzo-1995 (Ibidem;pp.296-299).

Leído su contenido se plantea una primera reflexión, que no quiere ser crítica sino ponderativa del camino que nos proponemos recorrer. Es inmensa la distancia cuantitativa y cualitativa que media entre el informe de la Comisión de la Verdad, su fenomenología de la violencia (“las instituciones delinquen”) y el ideario de convertir al ser humano en el centro y sujeto primordial del desarrollo. La reflexión no pretende restar credibilidad al plan de desarrollo social, sino convocar a una conversión que sirva para revertir la historia.

Antes de referimos al deseado término final, los objetivos y contenidos del plan social, nos detenemos en el punto de partida

para no reducir el comentario a posibilidades técnicas y financieras. Con palabras similares a las que utilizara el presidente Cristiani en la firma de Chapultepec, el Dr. Armando Calderón Sol se expresa así en Copenhague: "En este sentido, estamos convencidos a nivel nacional e internacional de que estos conflictos tienen una base objetiva en la pobreza y en la falta de oportunidades económicas y sociales, así como en la debilidad de un marco institucional y legal que sustente el ejercicio de una democracia plena y participativa, con justicia y equidad"(Ibidem, p.295). Al final del discurso el señor presidente agrega: "Con vista el futuro, compartimos los ideales de esta cumbre, en el sentido que la cooperación para el desarrollo se debe buscar en los intereses comunes y no en la caridad; que se deben entablar relaciones de cooperación respetuosas y que es necesario propiciar la igualdad de oportunidades en los mercados y no limitarlos por medio de cualquier forma de proteccionismo" (Ibidem, p.296). No está de más agregar que lo que pedimos a los de fuera lo debemos ejercitar dentro.

Más que implícitamente se señalan en ambos párrafos serios obstáculos cuantitativos y cualitativos a la realización del plan social. En primer lugar, las fuentes reales de financiamiento para los vastos proyectos de educación, salud-nutrición, agua-saneamiento, vivienda, previsión social y promoción humana. Este aspecto ya lo han resaltado varios comentaristas. Y en segundo lugar, la falta de credibilidad debilitada por los marcos institucionales y legales y la estructuración económica que desecan la conciencia de solidaridad. La cumbre de Copenhague fundamenta la pobreza y el desempleo crecientes en la insolidaridad o desintegración social. Los dos presidentes del actual gobierno-ARENA admiten verbalmente que en la base de los conflictos está la pobreza y la falta de oportunidades económicas y sociales. Admiten verbalmente que, en palabras de Ghandi, *la pobreza es la mayor violencia*. Como lo anotaron los documentos de antecedentes de la cumbre mundial, las causales de los conflictos son reales e internas, no ideológicas y de importación (Realidad, 1994; pp. 863-864).

Pese al discurso oficial, con ocasión del reciente nombramiento eclesial, representantes del partido-ARENA y de la fuerza armada siguen culpando de la violencia a la teología de la liberación, calificándola de inhumana y ahistórica en el actual entorno de paz.

No es la teología de la liberación la violenta, sino ese cúmulo de grupos e instituciones, de poderes y modelos económicos, que han hecho de la humanidad actual, de las mayorías de la humanidad, centro y objeto primordial de la pobreza, del desempleo y de la insolidaridad. Utilizando términos de sociedad anónima, las estadísticas mundiales dictaminan que sí hay una cruel violencia.

Para pulsar nuestra sensibilidad social nos preguntamos por los sentimientos morales que nos provocan las siguientes reflexiones: "A la pregunta de cómo está la especie humana se podrá responder que, comparada con otras, no está en peligro de extinción, y se dirá, más bien, que su crecimiento es precisamente parte del problema. Pero también es cierto que se ha comenzado a usar ya un lenguaje explícito para expresar la no existencia práctica de millones de seres humanos. Así ya no sólo se habla de mano de obra barata, sino de mano de obra sobrante, no sólo de oprimidos sino de inexistentes, hasta el punto de que ser explotado puede llegar a ser un privilegio, pues supone tener trabajo. La especie humana podrá sobrevivir malamente y aún crecer, pero con una gran parte de ella perteneciendo prácticamente a otra subespecie, la que no cuenta" (Ibidem, p.204). Estas palabras de un reconocido teólogo de la liberación, fundamentadas en la oración del Padre Nuestro, sí nos violentan internamente, dicen que hay violencia inhumana y predicán e invitan a la " SOLIDARIDAD, la ternura de los pueblos"(Ibidem, p.207).

La credibilidad que pueda generar este plan de desarrollo social requiere un cambio de conciencia ética en nuestra sociedad y en nuestros gobernantes. Puesto que estos últimos y sus diputados representantes se declaran seguidores de la enseñanza social de la Iglesia ("jerarquía"), podemos recordar cómo resumía el Papa Juan Pablo II su visión del mundo contemporáneo, en su encíclica "La preocupación social de la Iglesia"(1987). Tal vez este juicio nos suene a teología de la liberación: "La suma de factores negativos que actúan contrariamente a una verdadera conciencia del bien común universal y de la exigencia de favorecerla, parece crear en las personas e instituciones un obstáculo difícil de superar. Si la situación actual hay que atribuirla a dificultades de diversa índole, se debe hablar de ESTRUCTURAS DE PECADO, las cuales se fundan en el pecado personal y, por consiguiente, están unidas siem-

pre a actos concretos de las personas que las introducen y hacen difícil su eliminación. Y así estas mismas estructuras se refuerzan, se difunden y son fuente de otros pecados, condicionando la conducta de los hombres...Dos parecen ser las más características:EL AFAN DE GANANCIA EXCLUSIVA por una parte, y por la otra, LA SED DE PODER, con el propósito de imponer a los demás la propia voluntad...a cualquier precio"(Realidad Económico-Social. 1993; pp.165-166). Esta enseñanza social no necesita comentario, sino reflexión y liberación.

El contenido de este párrafo nos introduce a otras de las premisas condicionantes de la credibilidad o viabilidad del programa social. En la presentación del plan de desarrollo social, al igual que en sus discursos en Copenhague, el señor presidente daría a entender que el camino ya está pavimentado para transitar de los repetidos logros macroeconómicos (PIB,inflación,divisas, baja del déficit fiscal...) al reino del bienestar social. Pero aquí media la difícil exigencia de transformar el crecimiento de mercancías-servicios, no todos santos ni buenos, en valores de crecimiento humano. En su discurso de presentación el señor presidente enuncia objetivos verbalmente agradables: "En esta ocasión , deseamos compartir con ustedes los fundamentos del plan de desarrollo social, que en esencia es una plataforma social para el desarrollo económico. Este planteamiento se basa en una condición fundamental: no hay desarrollo económico social, ni desarrollo social sin desarrollo económico"(ECA, 1995, pp. 295-296).

En este planteamiento hay afirmaciones que aceptamos positivamente: que el desarrollo social es, en esencia, la plataforma del desarrollo económico, contraviniendo la teoría del derrame, que primero impone el crecimiento y luego, sin precisión de tiempo, supone que llegará la equidad. Al mismo tiempo se plantean serios cuestionamientos sobre el contenido y la traducción del desarrollo económico y desarrollo social, que aparecen en el debate sostenido en la cumbre de Copenhague. El editorial de ECA "Cómo erradicar la pobreza de la humanidad", señala que en dicha cumbre se ha manejado un concepto de desarrollo inadecuado: "Así, sus documentos se refieren indistintamente al desarrollo económico y al social de tal forma que pareciera que de la misma manera que se busca el primero se debiera buscar el segundo. Ciertamen-

te, lo económico y lo social son dimensiones de una misma realidad, pero los políticos y los economistas, al diseñar estrategias nacionales y regionales, han procedido como si no lo fueran”(Ibidem, p.198). El concepto de desarrollo económico se identifica con el nivel de vida alcanzado en los países industrializados (=desarrollados), en especial los Estados Unidos. Tal identificación universal es irreal porque ese modelo de desarrollo ha agotado los recursos necesarios para que todos los países puedan acercarse a tal meta. Además, “es inmoral, porque aquello que no es universalizable no es moral. Por consiguiente, es contradictorio proponer como meta algo materialmente imposible y moralmente condenable” (Ibidem; p.198).

El Papa nos decía que una de las estructuras de pecado es “el afán de ganancia exclusivo” y esta estructura secreta una teoría apropiada para ocultar el mal, lo injusto. “Así mismo, es cuestionable que al desarrollo se llegue únicamente por el crecimiento económico...El desarrollo económico no solamente ha demostrado su incapacidad para crear la abundancia prometida, sino que ni siquiera ha podido satisfacer las necesidades mínimas de la mayor parte de la humanidad. Más aún, el desarrollo es responsable de la desmedida acumulación de riqueza en ciertas clases y países privilegiados del norte y en sus aliados del sur. Precisamente para encubrir esta realidad injusta y opresora, ellos mismos se encargan de mantener vivo el mito del desarrollo”(Ibidem, p.199).

Para construir un nuevo concepto y modelo de desarrollo económico y social es menester un nuevo espíritu y un nuevo caminar. Abusando del respeto institucional por la enseñanza social de la Iglesia, recordamos el título del mensaje papal para la jornada de la paz, de enero de 1993 : “Si quieres la paz, sal al encuentro del pobre”. La parte cuarta del mensaje, “Espíritu de pobreza como fuente de paz”, encaja en los lineamientos de nuestro editorial. “En los países industrializados la gente está dominada hoy por el ansia frenética de poseer bienes materiales. La sociedad de consumo pone todavía más de relieve la distancia que separa a ricos y pobres, y la afanosa búsqueda de bienestar impide ver las necesidades de los demás. Para promover el bienestar social, cultural, espiritual e incluso económico de cada miembro de la sociedad es pues indispensable frenar el consumo inmoderado de bienes ma-

teriales y contener la avalancha de las necesidades artificiales. LA MODERACION Y LA SENCILLEZ DEBEN LLEGAR A SER LOS CRITERIOS DE NUESTRA VIDA COTIDIANA. La cantidad de bienes consumidos por una reducidísima parte de la población mundial produce una demanda excesiva respecto a los recursos disponibles. La reducción de la demanda constituye un primer paso para aliviar la pobreza, si esto va acompañado de esfuerzos eficaces que aseguren una justa distribución de la riqueza mundial" (Realidad Económico-Social, 1993, p.181). He aquí un esquema de modelo de desarrollo económico al servicio de lo social. Lo que se nos recomienda aquí es que para combatir la pobreza es imprescindible partir del espíritu de pobreza, de la sobriedad y de la moderación que nos enseñan los pobres, combatiendo el espíritu de riqueza y el consumismo galopante.

Pero no es esto lo que nos predica la teoría y los objetivos de nuestro modelo económico. En teoría es mejor que haya crecimiento que crisis económica, pero en nuestra realidad no es cierta la teoría de que el crecimiento lleve a mayor equidad. La realidad es demasiado patente para alargarnos con referencias estadísticas, propias de institutos de investigación, cuando las sencillas amas de casa nos dan la mejor información. Se podrá medir con escala de milímetros en cuanto han subido o bajado los porcentajes de pobreza, pero es sensible, con escala de decímetros, en cuanto ha crecido la ostentación y la concentración de la riqueza. Ante las preguntas: ¿ha disminuído la pobreza, el desempleo y la desigualdad? nos inclinamos por la negativa. Esto hace más urgente y necesario un programa de desarrollo social. Pero el nivel de urgencia se enfrenta con el nivel de dificultad, y no sólo por razones financieras. Hay signos patentes de que cada vez somos más los poseídos por el espíritu de riqueza, el galopante consumismo.

¿ Cómo se explica, si no, en el orden cívico y político la corrupción, la injusta impunidad, todos los tráficos ilegales desde dólares hasta influencias y también las inconsecuencias sociales de casi todos los partidos políticos? Y en el orden económico, ¿ qué espíritu impulsa el proceso de terciarización, que desplaza inversión y capital de los sectores tradicionales hacia la acumulación rentista, financiera, comercial donde los márgenes de ganancia son más rápidos y mayores? Aparte de los deficientes requisitos internos

¿que espíritu subyace en la pretendida dolarización?: ¿*"in God we trust"*, o *"in gold we trust"*? Si deseamos que el Estado haga verdadera inversión social y que la paz se traduzca en un acercamiento al pobre, ¿ por qué nos oponemos a una reforma progresiva tributaria y por qué ha cundido la evasión fiscal? Y una pregunta más difícil que, sin pretender herir, es necesario hacerse: ¿el gobierno-ARENA, que es hijo de estas teorías y de estas políticas, querrá y podrá ejecutar este plan de desarrollo social? También ellos pueden estar impregnados del espíritu de riqueza.

No nos hemos detenido en concretar las áreas del programa de desarrollo social porque casi textualmente coincide con la segunda parte del plan de desarrollo económico y social, 1989-1994. En cuanto a los grandes objetivos no hay diferencia mayor. El quinquenio y plan anterior no han generado sensibles frutos de equidad social, aunque se hayan incrementado algunas partidas sociales en el presupuesto nacional. Incluso, contablemente el gobierno pudiera elevar al 50% el gasto social, integrando en el presupuesto ordinario los elevados montos de los presupuestos extraordinarios del plan de reconstrucción e inversión social. En este aspecto es difícil vaticinar la viabilidad del plan. "Cuando en 1990-1991 se diseñó el Plan de Reconstrucción Nacional, se delinearón claramente zonas, departamentos y municipios beneficiarios del plan; se dividió el proyecto en dos fases, de contingencia y de mediano plazo. Los proyectos se subdividieron en categorías: sector social, infraestructura, producción, medio ambiente y a cada proyecto se le asignaron sus montos y fuentes de financiamiento. Se calculó una inversión cercana a los \$800 millones. Se preparó, con ayuda del Banco Mundial, unas proyecciones macroeconómicas, 1992-1997, bajo el doble escenario de evolución general sin y con plan de reconstrucción nacional... Todos estos datos de proyectos concretos, localizaciones determinadas, fuentes requeridas de financiamiento y efectos globales bajo ese doble escenario, sí nos permitieron investigar y apreciar por lo menos los beneficios cuantificables y sostener las conclusiones de anterior investigación: QUE LA SATISFACCIÓN DE LAS NECESIDADES BÁSICAS ES UN FACTOR REACTIVANTE DE LA ECONOMIA (Realidad Económico-Social, 1993; pp. 605-635).

A partir de esa corta experiencia del plan de reconstrucción

nacional, que dió al gobierno buenos resultados en las pasadas elecciones, defendemos como urgente social, económica y políticamente un verdadero plan de inversión social. Pero ahora el gobierno nos priva de las bases realistas con que apreciar su viabilidad histórica. Con dos páginas de buenas intenciones no es posible mas que esperar. Así opinan otros comentaristas: "Nuestro plan de desarrollo social acumula proyectos múltiples en las áreas de educación, salud, vivienda, previsión social, todas ellas buenas en sí mismas y muy necesarias, pero sin establecer plazos, población beneficiada y sobre todo su costo financiero, elemento clave para considerar su viabilidad"(Proceso; N° 656; p.2). Algo más de luz tendríamos si el señor presidente nos hubiera dicho que se piensa utilizar la infraestructura de la investigación previa al plan de reconstrucción nacional...Sin estas bases objetivas, el plan de desarrollo social nos puede sonar a una necesaria moraleja que había que presentar en Copenhague primero y en casa después. Pero si el escenario mental o espiritual no es muy acogedor dentro de casa, tampoco lo es a nivel internacional; o quizás la cosa es al revés.

Ni los documentos de antecedentes ni la cercanía de tanta pobreza han conmovido las entrañas de las grandes instituciones y de los países opulentos. La parábola del rico Epulón se mundializa; en Copenhague sólo algunas migajas caen de las mesas de los ricos: tuvo poca audiencia la solicitud de reducir el servicio de la deuda externa, con miras a la inversión social. En nuestro país este servicio de la deuda pública nos priva del 20% del presupuesto estatal. Algunos grandes están preocupados por sus déficits, por sus propios bolsones de pobreza, por su moneda en declive, por la avalancha de emigrantes y por las consecuencias de la droga. Pese a la finalización de la "guerra-fría" no se percibe una sensible contracción en la producción y comercio de armas, hipotéticamente transferibles en millones de dólares para aliviar la salud, educación y pobreza del tercer mundo (Documentos de antecedentes). En el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se sientan los seis países mayores exportadores de armas. Y calle de por medio, desde Washington, el Fondo Monetario y el Banco Mundial siguen dirigiendo el orden económico mundial. Como los actuales modelos económicos no funcionan, hemos pasado de la guerra

fría a la paz-fría, e incluso paz-violenta. Ello nos hacer temer la escasa acogida que pueda tener el discurso del señor presidente en Copenhague, al solicitar de aquellos países "relaciones de cooperación respetuosas y que es necesario propiciar la igualdad de oportunidades en los mercados y no limitarlos por medio de cualquier forma de proteccionismo" (ECA, 1995; p.296).

A los obstáculos financieros se suman las dificultades para reformar el modelo y la teoría económica. No se pueden erradicar las estructuras de la pobreza sin tocar las raíces de la acumulación de la riqueza. Puesto que se ha puesto sobre el tapete la pena de muerte, y la pobreza es la mayor violencia, habría que aplicar aquella sentencia a las causas de tan masiva violencia. Nos disculpamos diciendo que éste es un problema de largo plazo y entre todos dictamos sentencia de cadena perpetua para los pobres. La verdad es que sin un comprometido plan de inversión social el ajuste y la plataforma económica incrementarán la "DOLO-RIZACION DE LAS MAYORIAS". Por ello el gobierno debe tomar muy en serio este proyecto social. El editorial de ECA dice algo muy necesario hoy más que nunca: "Por lo tanto no se puede formular una política social real sin cuestionar drásticamente la política neoliberal vigente"(Ibidem, p.200). Esta premisa requiere un nuevo espíritu.

Avanzando en la cuesta difícil del qué hacer y qué deshacer se propone a nuestras conciencias una solución: la utopía de la SOLIDARIDAD. Si en Copenhague se une la pobreza-desempleo con la insolidaridad, la solución utópica es la solidaridad. Un teólogo de la liberación ha dicho que la solidaridad busca revertir la historia. Cada momento de la historia emite un nuevo concepto para salvar la historia. El autor nos dice que hemos ido creando una serie de términos para el acercamiento social: "caridad, libertad, igualdad, fraternidad, ayuda, alianza...Los signos de los tiempos, la necesidad de humanización, requieren promover la cultura de la solidaridad".

"¿Y qué es, en definitiva, la solidaridad? —Es un modo de ser y de comprendernos como seres humanos, que consiste en ser los unos para los otros para llegar a estar los unos con los otros, abiertos a dar y recibir unos a otros y unos de otros. Y como todo ello debe ocurrir en un mundo desigual y antagónico, de débiles y de

poderosos, de víctimas y verdugos, a la solidaridad le es esencial un elemento de abajamiento de los unos a los otros, lo cual significa un cambio radical en el modo de comportarnos los humanos. La solidaridad expresa, pues, una antropología a la que le es esencial la referencia al otro tanto para dar como para recibir— y no se piense que sólo la apertura al dar es difícil, sino que también lo es la apertura al recibir de aquellos, de los que están abajo en la historia, de quienes los que están arriba piensan que nada significativo pueden recibir. Y digamos para terminar que ese dar y ese recibir acaece a todos los niveles de la persona y de los pueblos: material, espiritual, eclesial y teológico. Dicho en palabras sencillas, la solidaridad es la utopía de llevarse mutuamente” (Ibidem, p.207).

La teología de la liberación nos predica esta extraña violencia. Es violento hablar de solidaridad en un mundo transido de insolidaridad; es violento construir la paz en un mundo armado para la guerra económica y militar. Es difícil hacer inversión social en una sociedad que acumula capital. Pero es la solidaridad lo que puede revertir la historia, es “dar y recibir lo mejor de lo humano”, es el gran dón que los países pobres ofrecen a los países ricos; la solidaridad es la única vía a la esperanza...El editorial se calla, porque prefiere que el lector medite directamente: la solidaridad es la utopía de llevarnos mutuamente. Ibamos a comentar el plan de inversión social y nos hemos desviado hablando de la moderación y sencillez en nuestra vida y de la solidaridad en nuestro corazón. Tal vez sean éstos los cimientos de la inversión social.